

Prueba de fe

Elba Rosa Terrazas Chávez
Chihuahua

Nací en la bella ciudad de Hidalgo del Parral, Chihuahua, en el año 1963, el 18 de mayo, un bello mes para iniciar la aventura de la vida, mi vida.

El estado de Chihuahua tiene un escudo al que rodean tres simbólicas palabras, valiente, noble y leal, y se dice que así es su gente. Yo creo que sí, así soy yo, además, agregaría guerrera incansable, luchadora invencible.

A los diecisiete años me tocó ser madre soltera en una sociedad conservadora y una familia que no lo veía bien, y tuve que enfrentarme al trabajo de la lucha diaria para sostenernos a mi hija y a mí. Además, como es bien sabido, si no estudias, si no tienes un título de una carrera, las posibilidades de salir adelante se reducen, y fue necesario que combinara mis actividades de madre y empleada con la de estudiante.

Así, enfilada en la tarea de sacar mi título para demostrarle a mi hija que, en la vida, cometer errores no es sinónimo de renunciar a los sueños, empecé a luchar por mis metas. Con escasos veinte años, me compré una casa que sería el hogar de mi hija y mío, un refugio seguro que nos mantendría alejadas del mundo hostil y difícil que teníamos que enfrentar.

Aquí, en Chihuahua, tal vez como en muchas partes del mundo, hay hombres prepotentes que sólo por estar en el poder o en un puesto mejor que el tuyo se aprovechan para sacar partido de ello, y yo no he estado exenta de ese salvajismo. Durante mi vida laboral y estudiantil he debido enfrentar duras batallas para mantener mi dignidad intacta. Esta crisis de valores me ha regalado la oportunidad de sacar de dentro de mí la fuerza y la garra que hoy son mis estandartes. He tenido que hacer frente a mis miedos e inseguridades y aprender a confiar en un poder superior a mí,

que dirige y cuida mi vida y la de los míos. Desde el comienzo de mi existencia ha sido igual.

En Chihuahua, como en otras partes del mundo, siempre ha habido crisis, sociales, políticas, culturales, ideológicas y económicas, entre otras, que han marcado a la sociedad.

Mi familia no fue la excepción. Estaba conformada por papá, mamá y cuatro hijos, de los cuales yo era la mayor; y sufrimos la pérdida del tercero de mis hermanos.

Sin duda, mi familia era disfuncional, porque mi padre venía de una familia de alcurnia, como se le llamaba a la gente que se consideraba de la alta sociedad, y mi madre provenía de una familia trabajadora de campo, dedicada a la crianza de animales.

Papá y mamá se unieron porque ya no cabían en su familia y deseaban, como muchos jóvenes de dieciocho años, “comerse el mundo”, y no se les ocurrió hacerlo de otra manera más que contrayendo matrimonio.

Desafortunadamente, mi padre era un hombre que sólo pensaba en él. Resultó ser una persona machista que estaba educada para discriminar a la mujer y maltratarla, así que yo crecí junto a mi madre, sintiendo cómo la despreciaba por ser mujer y le impedía desarrollarse como tal y continuar sus estudios para ser lo que ella deseaba: convertirse en enfermera.

Entre inestabilidades y mentiras, transcurrieron los años en los que mi familia y yo nos vimos envueltos en pérdidas, como la muerte de mi tercer hermano, o cambios de residencia continuos que no permitían que echáramos raíces en ningún lado. Apenas empezábamos a sentirnos a gusto y seguros en una casa o en una escuela, y venía el cambio, porque mi padre, un hombre hecho para las mentiras, había cometido alguna fechoría o había engañado a alguien y debíamos huir: vivíamos siempre escondiéndonos de las personas a las que mi padre les debía algún dinero o les había entregado un cheque sin fondos.

Luego vino la separación. Primero nos apartaron a mi hermana y a mí de mi madre —nunca supe por qué—, para luego regresarnos con ella. Después nació un hermano, del que nunca supe cuándo se embarazó mi madre y, junto con su llegada, mis padres se distanciaron. Él se fue de nuestro lado sin decir nada, y años después aparecería como ladrón sigiloso en alguna calle, en alguna esquina, apoyado en la complicidad de mi abuela materna o de mi tía para hablarnos y darnos algún regalo; para volver a irse y tardar años en regresar.

Eso marcó mi niñez, que transcurría en aquellos años en que el partido del gobierno era el PRI, que siempre ganaba, y si perdía, arrebataba, como decía mi abuelita. Así que aprendí a ser priista, no sabía por qué, pero eso era mi familia y yo también. Este partido siempre acarreaba gente y llevaba el liderazgo en las casillas; se dice que engañaba poniendo votos a su favor para jamás perder, así que desde entonces se marcó la pauta política y el poderío al que estamos acostumbrados en la sociedad: dejar que los fuertes aplasten a los débiles y someternos.

Crecí sometida, sin preguntar jamás, sin protestar tampoco, pero dentro de mí habitaba una fiera que en ese entonces estaba dormida, y que luego de muchos años de fuerza y lucha despertaría y rugiría para defender con garras lo que amaba y en lo que creía.

Pocos años después, diecisiete en realidad, me convertí en madre soltera, para verme nuevamente acosada por varones que no entendían que no por ser madre en estas condiciones me convertí en una mujer pública. No supe decir no cuando, en algún momento de mi vida, fui víctima del abuso de alguno que, haciendo uso de su fuerza, pensó en aprovecharse, y que si bien no logró su cometido, sí dañó mi desarrollo psicológico cuando apenas iniciaba mi vida, y se llevó con ello mi seguridad. Al verme indefensa, sin que nadie me apoyara o sacara la cara por mí, no supe más que callar y no me defendí, postura que asumí en los siguientes años de

mi vida, hasta que descubrí cuánto valía y retomé las riendas de mi existencia.

Así, con una recién nacida en brazos, debí abandonar mis estudios en la Facultad de Medicina para trabajar en las oficinas de Educación del gobierno del estado, en el departamento de Archivo. Tomé mi destino sin mirar atrás, con la firme convicción de que sabía lo que quería y lo iba a lograr.

Enfrentando retos como la soledad, la inexperiencia de ser mamá y el miedo a lo desconocido, inicié los trámites para comprar una casa, lo cual me negaban porque no estaba casada, pero luego, por tener una hija, me asistía el derecho y me otorgaron el crédito. Esta sociedad también tiene sus cosas buenas y, en ocasiones, protege al más débil. Me enfrenté, entonces, a la responsabilidad de pagar una casa, mantener una hija y sacar una carrera en el Tecnológico de Chihuahua. Así transcurrieron los años, luchando cada día contra el acoso sexual, como cuando el director de Educación de aquel momento me amenazó con quitarme el trabajo si no accedía a sus peticiones indecorosas. ¡Cuánta impotencia al no poder denunciar! ¡Nadie me creería! Aunque sabían que era verdad, él era el director de Educación y yo sólo una simple secretaria.

Finalmente, renuncié, creyendo que mi vida cambiaría, que por fin terminarían mis días de infelicidad. Presenté mi renuncia y denuncié; no me creyeron, pero ya no me importaba, pues no les vería más la cara. Me fui feliz y satisfecha, como si fuera el final de mi historia en aquel cuento.

Conocí a un hombre con el que me casé, me dio un nombre y creí que nos protegería a mi hija y a mí. No más acosos, no más preocupaciones económicas.

Fracasé en el intento. Luego de dieciséis largos años de matrimonio con un hombre misógino —porque verdaderamente actuaba con odio hacia mi hija y hacia mí—, me separé, gracias a Dios, y encontré nuevamente trabajo en el departamento de Educación.

Al paso de tres años, en los que empezaba a sentirme segura y tranquila con un trabajo y un sueldo que me ayudaban a sostener a mi familia, de nuevo fui víctima del abuso del poder y me despidieron cuando entró en funciones el nuevo gobernador del PRI, mi hasta entonces partido de gobierno. Algunas funcionarias se dieron cuenta de que yo había estado casada con una persona que había apoyado a otro candidato y me despidieron en el momento menos oportuno para mi familia y para mí.

En este tiempo había iniciado una nueva vida al lado del que ahora es mi esposo, y se presentaba la oportunidad de estudiar mi maestría en terapia familiar en el Instituto Irefam, algo que siempre había deseado y, sobre todo, en un campo tan maravilloso, sueño que, con la pérdida de mi empleo, estuvo a punto de verse frustrado. Sin embargo, el apoyo de la institución me dio la oportunidad de continuar y concluir.

El estudio de la maestría me abrió otras puertas, me hizo sentir viva. Siempre me ha gustado la sensación de aprender cosas nuevas, de conocer al ser humano, sus emociones, sus reacciones, sus conductas; esto me permitió entenderme y comprender a otros, me brindó la oportunidad de volver a creer en mí.

La maestría fue para mí la mejor manera de dedicarme a lo que tanto me gustaba: la salud mental y física de los seres humanos. Después de sentirme frustrada por haber abandonado la carrera de Medicina, volví a tener la oportunidad de realizarme profesionalmente. Aunque no podría graduarme porque la carrera que estudié en el Tecnológico no era afín para que el departamento de Educación me revalidara los estudios y me otorgara el título, esto no me importó. Finalmente, lo que yo deseaba eran los conocimientos, y ésos nadie me los arrebató. Años atrás había cursado también un Diplomado en Adicciones en la ciudad de Guadalajara. Así, con todos los estudios posibles, aprovechando cualquier curso al que podía asistir, me iba llenando de experiencias para dedicarme a la consulta de terapia familiar. He de confesar que mi

verdadero deseo era que alguien me ayudara a colocarme en algún puesto de gobierno desde donde pudiera realizarme profesionalmente, cosa que hasta el día de hoy no he conseguido.

Mi vocación por la medicina se gestó cuando terminé mis estudios de bachillerato. Mi inquietud la sembró el muchacho que, en aquel entonces, era mi amor platónico. Supe que él iría a la Facultad de Medicina a presentar el examen y yo también fui. Nunca imaginé que el amor por esa profesión iba a despertar una fuerza gigante dentro de mí; sin embargo, me duró poco el gusto. Él se fue a estudiar veterinaria y yo me quedé en la facultad para abandonarla poco tiempo después.

LA CRISIS Y SUS RESULTADOS

La carencia de valores, la disfuncionalidad en las familias y en la sociedad, tienen alcances bárbaros en los jóvenes. Tantos divorcios, madres solteras y la crisis económica en los hogares mexicanos han obligado a las mujeres a salir de casa para trabajar y contribuir al ingreso familiar para aspirar a una mejor forma de vida, y todo esto ha llevado a nuestros hijos a la soledad, al desapego familiar, a la pérdida de identidad y del sentido de pertenencia, lo que los ha orillado a buscar refugio en otros lugares, en otras cosas, en otras personas.

Algunos lo encuentran en el estudio, en la música, en las relaciones de pareja, en sus propios hermanos o familiares, entre otras cosas. Para otros, el panorama no resulta tan bello y encuentran refugio en el alcohol, las drogas, las pandillas, las relaciones de pareja donde la violencia está implícita, sin siquiera percatarse de eso porque están acostumbrados a vivir con ella. Esto ocurre ahora mismo, hay cientos de jóvenes inmiscuidos en la delincuencia, en la droga, en el alcohol, jovencitas que a muy temprana edad son madres, solteras o no, muchas de ellas sin conciencia de la responsabilidad que esto implica, y que nosotros, como sociedad, hemos consentido sin pensar en el alto costo que habremos de pagar por nuestra permisividad.

En esta sociedad chihuahuense, mi caso no es una excepción: hija de una familia disfuncional, convertida en madre soltera, casada con un hombre veintiún años mayor que yo que, lejos de tratarme como su esposa y a mi hija como tal, nos veía con menosprecio, como si nos hiciera un favor. Todo esto dio como

resultado que mi hija quedara atrapada en las estadísticas que dan cuenta de los jóvenes que buscan pertenecer a algo, a lo que sea, y se refugian en donde o con quienes pueden. En el caso de mi hija fue en el alcoholismo y la drogadicción, aunado a un embarazo no planeado, lo que hizo crisis en mi matrimonio, el cual, pocos meses después, se disolvió. Así ingresé a las filas de las mujeres divorciadas, sin empleo y, además, sin familia; todo lo perdí en poco tiempo.

El espíritu de no darme por vencida no me abandonó. Motivada por la enfermedad de mi hija, la desesperación por ayudarla a salir de ese pozo sin fondo me llevó a estudiar primero un Diplomado en Adicciones y, después, la Maestría en Terapia familiar. Por la situación política y la pobreza ética de los servidores públicos del gobierno de mi estado, me quedé sin empleo, con grandes deudas económicas con la escuela y las clínicas donde interné a mi hija para su recuperación.

La crianza de mis dos abuelas marcó mi vida. Ellas son los pilares fundamentales de mi existencia. Mi abuela materna me enseñó el espíritu de lucha, de crecimiento, de madurez, de responsabilidad, de trabajo, de estudio, de no darme por vencida, y su ejemplo prevaleció. Mi abuela paterna me heredó la fe, me llevaba a misa todos los domingos y sembró en mí la religión católica, que agradezco profundamente y que ha sido la base para que hasta el día de hoy esté de pie y luchando; mis creencias me han ayudado en los momentos más críticos.

OTRAS CRISIS

Así como amo la Iglesia católica por todo lo que me ha dado, también debo reconocer la crisis que en ella existe. Mi segundo matrimonio, el actual, fue con un ex sacerdote que abandonó el ministerio, después de un tiempo en que se fue a vivir a la ciudad de México. Cuando regresó, iniciamos un noviazgo de tres años y luego nos casamos.

Mi matrimonio también se ha visto marginado por la sociedad, que no acepta fácilmente este tipo de relación y que se manifiesta no sólo en el rechazo social, sino también en el laboral. Debido a esto, no ha sido fácil para él conseguir trabajo, ya que impartía clases en la universidad La Salle y, sólo por haber sido sacerdote, el señor obispo de ese momento presionó a las autoridades de la institución, argumentando la restricción en materia de enseñanza de la fe, y lo despidieron. La iglesia pone limitantes para que los sacerdotes que se retiran no den clases de religión u ocupen un puesto de formación en una escuela católica.

Los estudios de teología cursados en el seminario no tienen validez oficial en nuestro estado, motivo por el cual no son reconocidos a pesar de sus conocimientos y experiencia. Esto dificulta que busque empleo en otras universidades, ya que su experiencia es en la docencia, pues en el ministerio que ejercía estaba a cargo de la formación de los seminaristas. Esta decisión del señor arzobispo va en contra de los derechos fundamentales del ser humano.

En lo que se refiere a mi persona, aunque tenga gran preparación académica y espíritu de servicio, esto no ha sido suficiente

para colocarme en algún lugar, como lo deseo. Sin embargo, no me he dado por vencida en esta sociedad que limita las oportunidades a unos cuantos.

La devastadora y cruel enfermedad de mi hija le ha dado, con el tiempo, la oportunidad de recuperarse, y entre levantadas y recaídas continúa luchando por una vida mejor, con grandes esfuerzos. Ha tenido que renunciar a sus hijos —una hermosa niña de diez años y un lindo bebé de un año nueve meses—, pues como ella no puede hacerse cargo de su cuidado por el momento, han venido a vivir con mi marido y conmigo, iniciando su vida con las secuelas dolorosas de esta crisis social y existencial que nos envuelve. Ellos son el motor de mi vida, y ver su fortaleza y valentía me inunda de energía para mantenerme de pie y con la esperanza de un mejor mañana.

Todo lo vivido es mi equipaje, que está conformado por mis experiencias, muchas de ellas con su dosis de dolor, entre pérdidas y ganancias, me han hecho la mujer que soy, de la que me siento orgullosa por lo logrado. En este momento, Dios y la vida me han dado la oportunidad de trabajar en una universidad como maestra en dos materias hermosas en la carrera de Psicología: Estimulación del pensamiento y El desarrollo del niño y el adolescente, donde creo que la vida me coloca para darles a mis alumnos la riqueza del conocimiento teórico enriquecido por mi experiencia. Paralelo a esto, trabajo con niños de segundo grado de primaria a quienes imparto clases de catecismo.

Al hacer el recuento, me percaté de que estoy regresándole a la vida los dos grandes conocimientos que me fueron heredados gratuitamente, con trabajo y esfuerzo, con una actitud positiva. Confío en que hay un futuro prometedor que requiere de mi compromiso para ser mejor persona, mejor esposa, mejor madre, mejor abuela, mejor terapeuta, mejor mujer mexicana chihuahuense, orgullosa de su estirpe, de su raza, recordando en mi vida los atributos del escudo de mi estado.

La crisis social de valores que vivimos —y que siempre ha existido— señaló, desde mi niñez, la línea que marcaría mi destino. Un hombre sin principios ni escrúpulos pretendió con sus bajezas hundir mi vida en un abismo de sufrimiento y tristeza. Mi honra sólo pudo ser salvada por la inteligencia emocional de una niña de escasos ocho años que, sintiendo el temor de verse atrapada en los malos pensamientos de él, logró huir y salvarse de un mal mayor. Lamentablemente, esa sombra me acompaña hasta el día de hoy y marcó mi vida con la terrible desconfianza, el miedo y la inseguridad que, en la adolescencia, continuó también por el acoso de maestros, adultos sin principios que hacían gala del ejercicio del poder.

Las heridas que resultan de tanto abuso de poder, y de las miradas sucias e inquisidoras, sangraron durante mucho tiempo. Afortunadamente, gracias a mi fe y a mi fuerza inquebrantable, busqué ayuda y me dejé conducir por los grupos de mi iglesia y profesionales en el desarrollo humano, quienes me acompañaron para sanar la mayoría de mis heridas. Así, con renovada confianza, hoy mi vida tiene otro color, tiene luz, matices que nunca imaginé, porque me he dado permiso de amarme libremente con todo lo que soy y viviendo sólo por hoy. Disfruto de mi vida en pareja con el hombre que elegí y los nietos que, para mi matrimonio, han sido causa de alegría y frescura; mi hija y yo iniciamos una relación más libre, sin condicionamientos, lo que me da la alegría de amarla con un amor adulto.